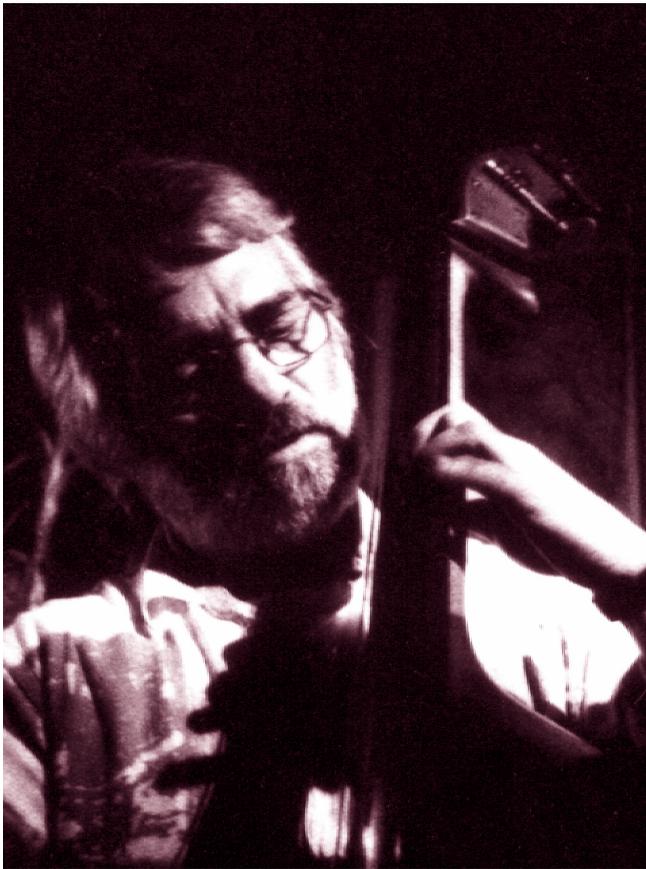


REINHARD (Renato)

Mikelazulo kultur elkarte

Le conocí en una cueva, de tú a tú, de un presente a un pretérito más un presente y me embriagó su ahora, reflejo ineludible del ayer, sumado a nuestra humilde conversación de palabras musicales. Era un maestro, un mago ataviado con ropajes simples de mirada aparentemente apagada. Comencé a hablar como solo un joven puede hacerlo, sin pudor, casi de forma temeraria, hasta que poco a poco comencé a



sentir su poder y su presencia. En ese momento mis palabras sonaron más suaves, acobardadas, hasta que me sujetó de las manos y me acompañó con expresiones graves y deliciosamente oscuras. De él solo conocía su nombre, Renato, pero a partir

de aquella pequeña broma entre nuestros instrumentos, iba a descubrir de forma paulatina a un hombre que no se sentía cómodo asemejándose a un mago, ni mucho menos a un maestro. Quizás fuera ésta la actitud que tanto me atrajo hacia él y, probablemente, si ahora leyese estas líneas, esbozaría una sonrisa pausada acompañada de algún tipo de comentario irónico sobre sí mismo.

El caso es que paseamos juntos en aquella cueva donde tantos otros magos y hechiceros elaboraban sus pócimas y conjuros. Un lugar donde aún muchos de estos hombres y mujeres dicen ver su espectro dibujado por las paredes. No es una locura. Creo que yo mismo lo he visto en alguna ocasión blandiendo su contrabajo. Elaboramos juntos algunas pócimas y compartió conmigo algunos de los secretos de los inaccesibles druidas. Lo compartió conmigo como lo compartía con cualquiera que quisiese escuchar y que ansiase saber. Él también aprendía. Lo sé. Lo notaba en su mirada, cada vez más familiar para mi.

Pero como a todo maestro, le llegó el turno de fundirse con la tierra de la que procedía y de enjuagarse las sienes con la nieve de su niñez. No fue un momento exactamente trágico, fue el momento de entender muchas cuestiones que hasta entonces no se habían planteado. Fue el momento de comenzar a echar de menos su presencia. Fue el momento de llorar con la misma intensidad con la que nos había hecho reír, hablar, interpretar, soñar... Elaboré entonces este conjuro para volver a sentir el tacto de su mirada sobre mí, para que entendiese aquello que nunca supimos decirle de otra forma. Evoqué su imagen con estas palabras para decir, en esencia, gracias:

*Desde una barba nevada
como el viejo paisaje que se resiste a abandonar su mente
escruta la tela de araña con la que crea universos
Una red en la que no es difícil caer
Una red de la que no quieres desprenderte
Una red que persiste aun
Una red aquí
Hoy
Ahora
Desde una barba nevada las huellas en el camino
El olor de los copos vespertinos anuncian a la montaña
el nacimiento de una nueva paz inquieta
Una paz en la que no es difícil caer
Una inquietud de la que no quieres desprenderte
Porque hay algo de la muerte
que no acabo de entender
Sus ojos se han cerrado ya
pero persisten en mí
en mi memoria
en cada paso que doy hacia mi propia tumba
Es la inmortalidad un recuerdo
y tú amigo
eres inmortal*